

# CARTAS DESDE LES GRANGES - II

## SEGUNDA CARTA

25 de enero de 1945

Queridos amigos,

1. Si hubiera podido ir a París en enero, sólo habría dicho ante una pequeña audiencia lo que ahora voy a tratar de escribiros. Hubieran ido muchos nuevos o jóvenes a dicha reunión y probablemente no habrían entendido el interés, y mucho menos la necesidad del estudio que voy a hacer con vosotros. Y muchos veteranos, testigos de la vida del grupo durante más de quince años, habrían estado ausentes. Sin embargo, es especialmente por ellos que debo hacer este esfuerzo de sinceridad. Sin duda, una sesión plenaria de este tipo, en la que tratemos de criticar juntos con imparcialidad y serenidad, con perspicacia y un deseo inflexible de verdad, una acción comunitaria que ha interesado a tantas almas y durante tanto tiempo, sólo tendrá lugar realmente el Día del Juicio. Sin embargo, intentemos ensayarla y hagámoslo en presencia de Dios, con el debido espíritu de caridad y de misericordia.

2. Cuántas veces he pensado en lo que voy a deciros desde que me separé de vosotros en mi soledad en medio de las montañas. Si lo he pensado para mí, que soy el principal interesado, también lo he pensado para vosotros porque mi aventura espiritual os interesa más que la de un extranjero. Habéis participado en ella y, cada uno a su manera, también se ha beneficiado de ella y ha sufrido por ella. ¡Cuántas veces he compuesto en mi cabeza este testimonio personal que voy a escribiros! Porque ahora que rara vez estoy ante un auditorio, yo, que solía meditar en voz alta ante vosotros, me siento sumergido en mi palabra interior. Ojalá no conozca yo la des-

gracia de un cierto Filoctetes del que habló una vez Gide, él también solitario en un universo helado, él también un gran orador interior, que admiraba sus pensamientos y su expresión pero al que dejó mudo e imbécil la visita de Ulises.

3. Lo que quiero escribiros hoy no es una confesión. No voy a sopesar las intenciones y las culpas. Dejemos a Dios el juicio y la venganza: a decir verdad, si en algunos puntos puedo juzgarme a mí mismo y acusarme, en algunos otros mis esfuerzos son vanos. Deben terminar cada vez con una entrega ciega de sí mismo al Dios de Justicia y de Pureza plenas, para que Él me condene por mis faltas ocultas y de mí se apiade en cuanto a mis ignorancias fundamentales y a mis errores de base. Sólo trataré de ser el informador honesto de este juicio, un técnico de la vida espiritual. Este trabajo fue crucial para mí, para las decisiones que tomé. Por este segundo aspecto es por el que os interesa si queréis comprenderme, y yo es el que os debo si quiero justificar mi nueva vida a vuestros ojos, así como el abandono en que os dejé.

4. Ver cómo, con el tiempo, un bello comienzo se funde en una realización mediocre es una constatación desconsoladora que da mucho que pensar. Uno se lanza a la vida con una fe y una caridad generosas, alimentadas por el Evangelio y –al menos así lo cree uno en ese momento– con una entrega de sí mismo sin límites fijados a priori; y luego uno se encuentra, tras veinte años de vida cristiana, de una vida de acción cristiana en la que se ha insistido especialmente en la vida interior, inmerso en un cierto desconcierto y en una cierta tibieza espiritual, en un cierto olvido de las realidades espirituales cardinales, que deforma, sin que uno se dé cuenta (y esto es lo trágico de la situación), la oración y los movimientos de la piedad. ¿Qué ha pasado mientras tanto? ¿Dónde están las fisuras iniciales que gradualmente dieron lugar a las grietas y rupturas que amenazan el edificio espiritual? ¿Cuándo comenzó esta deformación del espíritu religioso, este enfriamiento del fervor y aun antes,

cuándo comenzó el relajamiento de la ascesis y del examen de conciencia, la degradación de la conciencia moral y del sentido cristiano? Aquí debo decir que uno puede buscar y hacerlo sin contemplaciones y, sin embargo, no encontrar nada concluyente. Uno puede volver muchas veces a remontar el tiempo, repasar el pasado, calcular las causas y los efectos, y cada vez se topa con un determinismo que lo retiene atrapado. "En el estado en el que me encontraba, no pude tomar otra decisión que ésta; adoptar otra actitud que esta otra aunque fuera mala e incluso catastrófica". Pero, ¿de dónde viene este estado, de dónde viene esta necesidad impuesta por mis impotencias de hacer o de decir otra cosa? ¿Cuándo empecé a sentirme incapaz de actuar libremente, espiritualmente? ¿Cuándo tomé conciencia de esta impotencia, de la que aún no era consciente cuando ya me paralizaba? ¿No pude haberme dado cuenta antes? ¿No fue únicamente después cuando todo se echó a perder o se desvió o se malogró? Pero entonces, ¿qué hubiera tenido que hacer para reconocer como callejones sin salida los que aún me parecían caminos rectos aun cuando ya estaba atrapado en ellos? ¿Qué puedo decir? No se trata de un examen de conciencia banal. No lo hace quien quiere cuando quiere. Llega a su hora. Creo que puedo decirlo: "¡Bienaventurado el que lo hace. Desafortunado el que tiene que hacerlo!" Intentemos distinguir, en esta vida que he llevado junto a vosotros, tres fibras cancerosas, al principio insignificantes, de las que nadie hizo caso y que, por su proliferación, lograron envenenar un alma por lo demás sana y no exenta de valor y de amor. Estos descubrimientos fueron los que exigieron mis decisiones posteriores, las que hicieron que os dejara. También son ellos los que exigen mis perseverancias y mis búsquedas nuevas.

5. Hablemos primero del oficio. Yo era profesor de Facultad y era el animador del cuerpo y del alma de nuestro grupo. En Rennes tres días por semana para enseñar matemáticas; con vosotros los otros cuatro días para gestionar nuestra casa, escribir meditaciones, hacer reuniones. Y –

entre nosotros— durante los tres días en provincias, también hacía un poco de trampa y empleaba muchas horas en atender la correspondencia y otras muchas actividades más relacionadas con el grupo que con mi cátedra en la Facultad. Esta continua alternancia de dos ocupaciones diferentes era psíquicamente agotadora. Me di cuenta enseguida pero una fatiga no es un pecado. Puede incluso pensarse —erróneamente por supuesto— que toda fatiga vale como una ascesis. También era psicológicamente muy deprimente porque no se puede amar y servir a dos señores.

6. A los veinte años, yo era un estudiante apasionado por el estudio de las matemáticas, por la investigación matemática. A decir verdad, aunque era un profesor aceptable, pronto me convertí en un investigador estéril y, lo que es todavía peor, hasta perdí rápidamente el interés por mi ciencia. Me diréis que esto no es necesario para salir del paso. De acuerdo. Pero os responderé que era absolutamente necesario para hacer bien mi trabajo y para encontrar en él los elementos de estabilidad, armonía y plenitud que son, en el plano natural, muy necesarios para el edificio sobrenatural que se construye encima. Porque es una laguna grave para una vida espiritual no tener un trabajo humano que de alguna manera sea necesario para ella, que forme parte de ella de alguna manera.

7. No se trata aquí sólo de la observancia moral del deber de estado. Hablo de la interdependencia casi física entre el oficio y la vida espiritual, entre el don a su trabajo que el hombre hace de sí, y el don que hace de sí mismo a Dios. Reducir el oficio a ser un medio de ganarse vida (*être un gagne-pain*) es un grave error. También es gravemente erróneo reducirlo a ser el medio por el que se adquieren la libertad y los medios de hacer otra cosa aunque ésta fuera la mejor. Si el hombre no recibe de su trabajo, a lo largo de su vida, la gracia de una cierta salud, un socorro para toda suerte de virtudes naturales, entonces le falta la consistencia sin la que la obra

sobrenatural permanece débil y ambigua. Añadid a esto mi escepticismo —éste bien fundado— sobre los beneficios de la enseñanza que tenía que impartir en el marco de un programa y de una laicidad que sólo toleran la ciencia abstracta y rechazan todo lo que es propio del hombre. Además de mi escepticismo sobre las posibilidades intelectuales o sólo humanas de los muy numerosos estudiantes que, a sabiendas o no, hacen de su tiempo universitario una tregua social.

8. A decir verdad, no tenía oficio y no tenía la gracia de estado de un hombre consagrado a Dios. No tenía derecho ni por un lado ni por otro a los socorros que necesitaba. Cierto que el sacrificio puede ser también una fuente de gracia pero, para que lo sea, debe ser aprobado por Dios y no sólo convenir positivamente al servicio que uno quiere aportar a la obra de Dios y que —digámoslo claro, tal como quiero afirmarlo— realmente, uno está llamado a darle a Él. En estas condiciones, perseverar en un oficio cuyo sentido humano se ha perdido y que ya no tiene para uno las gracias naturales que debiera; perseverar en él a pesar de las críticas que atañen de cerca a lo esencial, pues lo acusa de una esterilidad social casi total, no es digno de un ser humano. Es además pecar en el orden del espíritu.

9. Para salir de un atolladero espiritual, nunca es excesiva la búsqueda de exactitud y de pureza. Cuando el alma falla en su estructura natural, cuando no tiene la estabilidad necesaria dentro de su surco carnal, la reforma interior exige más que la reforma de la intención. Tampoco en nuestra época bastan ya las medidas a medias que acotan el fuego pues éste es más fuerte que todos los pseudo-obstáculos que se le puedan poner. También ahí el deber social exige más que un conformismo dócil y paciente a lo que hay. Para curar esta herida por la que mi alma cristiana se agotaba, tenía que encontrar un trabajo que fuera verdadero para mí, en el que pudiera creer y al que pudiera entregarme plenamente sin fallar en mi camino, sin hacer trampa a la luz que se me había dado. Conservar la

enseñanza, sí, si es posible, pero desde luego abandonar la investigación matemática de la que ya no soy digno y para la que ya no estoy hecho. Enseñar, pero enseñar a quien puede responder en el clima físico y la atmósfera espiritual favorables, y no a clientes que sólo tienen para sí el dinero y el estatus social; y tampoco a cerebros agotados por la abstracción y los métodos de pensamiento tan formales y codificados como las reglas de un juego. El objetivo estaba ahí. En otra ocasión os hablaré del camino que he tomado para acercarme a él.

10. Pero vayamos más allá. A nuestro grupo, lo he amado demasiado, con un amor exclusivo –digo exclusivo y no de posesión–, obra de mi vida, se convirtió en el centro de la misma. Creció hasta el punto de convertirse en el apoyo de mi vida. Dios quiere ser el único apoyo de la vida de sus fieles y su centro. La obra que hacemos para Dios, aunque debemos hacerla porque estamos llamados verdaderamente a ella, debe permanecer segunda. Es una desviación terrible sustituir, gradualmente, en un alma, a Dios por la obra de Dios. Durante mucho tiempo, la generosidad permanece intacta, el realismo que ve los sacrificios que hay que consentir va al mismo paso que la voluntad que los acepta. Así es como un gran edificio se va elevando poco a poco en el vacío hacia el cielo pero cada vez más en falso, con una base demasiado precaria y que sin cesar disminuye. Señor, esta fidelidad mal dirigida no está, sin embargo, perdida; en vuestras manos será la ocasión de nuestra conversión ya que está en el origen de nuestro hundimiento. Quizá tú permites esta intrépida pero ciega generosidad para atraernos hacia ti al dejarnos antes caer por tierra a causa del exceso de sacrificios que hemos consentido por ti aunque, en realidad, eran por vuestra obra. Tú sabes que sin nuestra fe hubiéramos seguido siendo intrépidos en la acción humana, pálidos herederos pero herederos de nuestros padres que hicieron su vida de la nada. Nos has dejado actuar de la misma manera en relación con tu obra para que nuestro fracaso nos remita de nuevo a ti y, al mismo

tiempo, nos enseñara que eres tú quien actúa a través de nosotros y no quien desea que actuemos en vuestro lugar.

11. Así se prepara un momento tanto más oneroso y lleno de fracaso cuanto más valiente es uno en aplazar la fecha por más tiempo. Al final hay que ceder. Y si no es el valor lo que falla de repente ante un nuevo sacrificio al que consentir, es el propio deseo de actuar y de vivir lo que se ve afectado. A la idolatría, le sucede el escepticismo. No es pequeño el vértigo que se apodera de uno cuando, a los cuarenta años, se ve sin familia, sin nadie realmente cercano, sin un entorno realmente consistente, en un grupo al que todas las ocasiones dispersan, al que mil encuentros desbordan, mientras que, durante quince años, uno ha querido hacer y ha hecho de este grupo su familia, la comunidad fraterna que debe permanecer toda la vida, unida, completa, densa, religiosa; donde vale la pena vivir porque uno se siente comprendido, amado, rodeado y ayudado, sin separación posible y para siempre. Pero es un vértigo merecido. Es también el vértigo de la altura. Te agradezco, Señor, esta altitud. No, no me equivoqué al creer que en la vida sólo se puede hacer una obra y que hay que hacerla en serio. Tuve razón al hablar siempre en contra de las personas de acción que lo tocan todo y que no hacen sino obra superficial y pasajera, como mundanos de la piedad. Tuve razón al creer que un grupo como el nuestro nunca sería demasiado exigente con sus miembros y que es una broma entrar en una comunidad de este tipo si uno no quiere pertenecer a ella de verdad, concretamente, de por vida. Pero la idolatría permanece. Pero no he podido desligarme de esta obra hasta el punto de poder encontrar mi equilibrio sin ella. Así que, después de haberla dirigido, era ella la que me arrastraba. Era su esclavo en lugar de ser su guía. ¿Os lo diré, amigos? Nunca habría tenido el valor de dejar esta obra, de abandonar nuestra fraternidad de París y de Auvernia, si la guerra no hubiera venido a arrancarme. Cuando miro hacia atrás, son muchas las veces que hubiera tenido que partir. Permi-

tidme no deciros cuándo. Pero, ¿para ir adónde? Ahí encuentro de nuevo el determinismo del que os hablaba antes. Cuando aceptaba ver que tenía que irme, no tenía luz para saber a dónde, ni fuerzas para dejarlo todo, para así después, si Dios quería, volver a encontrarlo todo. Y hay tantas razones que aconsejan quedarse. ¿No hay siempre una manera de hacerlo mejor que antes, de encontrar un nuevo equilibrio para la obra que se tambalea? Estas crisis, ¿no forman parte del orden de la vida y de sus crecimientos y no son ellas las que preparan las nuevas ascensiones humanas? ¿No es acaso atravesando la materia y bordeando los abismos como el espíritu se vuelve sabiduría? ¡Ay! La persona encuentra lo que necesita en su arsenal intelectual para defenderse de Dios. Pero él sólo es un hombre; Dios sigue siendo el más grande.

12. Vayamos aún más lejos. Allí, a ese punto donde después ya no hay nada que decir. Después está el abismo de la conciencia sólo conocida por Dios. Digámoslo claramente. Tu oficio hubiera podido darte una buena posición social y la satisfacción interior del buscador que encuentra. Pero esta búsqueda, no has sido capaz de hacerla siguiendo las huellas de los otros. Tus trabajos son originales desde el comienzo. Te han agotado demasiado rápido igual que la investigación agota a los autodidactas. Este agotamiento te ha permitido descubrir rápidamente lo abstracta que era tu ciencia y lo alejada que estaba de la vida. Tu fatiga te alejó de ella. La situación de universitario te insertó en un medio que muy pronto dejaste de valorar porque no encontraste entre tus colegas la cohesión fraterna y concreta que hubiera hecho del conjunto de los profesores de una Facultad una verdadera comunidad de trabajo para la enseñanza y la investigación. Cuando aún no querías afrontar la evidencia, ya habías escogido otro camino. Ya tenías en ti el fuego de otra búsqueda y las grandezas del Evangelio, sus exigencias y sus intensidades eclipsaron a tus ojos las ventajas y las cualidades de una sociedad en la que, sin embargo, era agradable vivir. Por Cristo, con Él,



emprendiste el camino de las grandes aventuras y de los grandes descubrimientos con tu fe joven, generosa, consciente y moderna, y también con tu temperamento de buscador. Pero dime, ¿qué habrías hecho si no hubieras sido cristiano? Hubieras sido un hombre en pie, un hombre. Tu cristianismo, sin duda, te ayudó a mantenerte erguido. Pero no te encontró sentado. Admítelo, tu vida de dedicación y este grupo son tanto el fruto de tu temperamento como de tu fe y, a medida que tu vida religiosa bajaba, se convertían más en la expresión de tu fuerza y menos en la de tu caridad. Cuando a tus doce años, en el tiempo de tu primera comunión, te ofreciste a mí, tu corazón, al entregarse a mí, se encontró a sí mismo. ¿Por qué por tanto oponer estos dos términos?

13. Respeta lo que había de no desplegado en este gesto esencial de tu vida que todo el tiempo que vivas no bastará para abrir. Lo abrirás más tarde de rodillas. En el fondo, tu cristianismo te ha dado una vida más acorde con tu corazón que la de universitario o de padre de familia. Éstas –confiésalo– te aburrían. Era el signo negativo de la elección hacia otra vida. Aunque tampoco te ha faltado el signo positivo. Pero, en los momentos en los que pesaban ciertas opciones, ¿qué pesaba más: el miedo a una vida fácil y banal o la búsqueda de una vida en la que todo resonaba al absoluto o al Amor de Dios? Hasta 1940, tu vida humana no sufrió demasiado por estas decisiones generosas y además exactas. Tu cristianismo sirvió al enriquecimiento de tu capital humano. Tu situación social tampoco perdió nada; de acuerdo que no te servías del primero pero no has perdido nada al serlo en segundo lugar. Esto tenía que acabar. Al principio de una vida espiritual hay mezclas de valores que son fatales. No se puede no comenzar así. Esto dura algún tiempo sin daño. Pero al fin llega la hora en que la exactitud de las operaciones vitales del alma pide más precisión. Hay que romper entonces esta combinación demasiado fácil de progreso humano y social, y de progreso religioso; la vocación cristiana debe dejar de ser una fuente de

crecimientos felices en los que, inconsciente e inocentemente, nuestro temperamento está a gusto. El grupo era demasiado en función de mis avances humanos, de mi satisfacción de jefe. No podía serlo por más tiempo. Me había investido de un prestigio social demasiado apreciado por mí como para que yo pudiera conservarlo. Sí, un día hay que romper las amarras. Fue lo que hice cuando os dejé. Dejarlo todo para volver a encontrarlo todo quizá, sí, pero primero dejarlo todo. Cuando esto se hace de verdad, uno es más dócil a las corrientes secretas de la gracia porque no hay nada que nos fije en nosotros mismos. El mañana pertenece a Dios como por el pasado; pero esta vez uno lo sabe y se comporta en el presente en consecuencia. El mañana es una prolongación del hoy pero según la mente de Dios y no la nuestra. Así que, en las cartas que seguirán, os diré lo que hago hoy aunque no sé lo que haré mañana, igual que vosotros.

14. Así termino esta segunda carta. Podría haber entrado en más detalles. Me he limitado a daros lo esencial. Las otras causas que pesaron en el destino del grupo, creedme, son menos importantes. Sólo son consecuencias de sus vicios originales. Puede que hayan sido más visibles a veces, puede que hayan sido soportadas con más dolor por algunos. Pero no están en la raíz y aquí se trataba de poner el hacha en la raíz. Si queréis, para concluir, releamos esta meditación, debida a Rosset y publicada en *Prières d'un croyant*, sobre «El verdadero apostolado» <sup>(1)</sup>. Dice, en el plano general, lo que yo os he dado aquí en un caso particular y concreto.

15. El terreno está ahora despejado. Si me habéis seguido hasta aquí con todo vuestro ser, estaréis conmigo fácilmente en lo que sigue. No digo que me seguiréis sino que me comprenderéis. Comprenderéis que os haya dejado para reencontraros mejor, para ser más digno de reencontrarme con vosotros.

---

<sup>(1)</sup> *Oraciones de un creyente*, Estella, 1975, pp. 251-257.